



Para autores mexicanos han logrado expresar la vida campesina de su país y calar en ella con la hondura pavorosa y descorada con que Juan Rulfo lo ha hecho. Sus personajes adquieren por ese inusual tratamiento, una apasionada pétra e intemporal. La fuerza que de ellos escapa convierte a los seres simples (y, sin embargo, tan extraordinariamente complejos a un tiempo, merced al hermetismo demoliado que los envuelve) que él pinta en sus narraciones, en figuras míticas, legendarias.

Despojados de todo convencionalismo, al margen de toda línea lírica, casi con escueta

y obscura crudeza, Juan Rulfo hace hablar, caminar y vivir a sus personajes, los proporciona un lenguaje escueto, imprescindible. Útils frases que, por su concisión, crean una atmósfera irrespirable, aturdimiento. A pesar del albedrío que les otorga, en ningún momento Rulfo abandona a sus personajes, ni los deja librados a lo errático del azar. Para el lector desprevisto, tal vez el México que ellos emplean pueda parecer pobre o descuidado, pero no hay tal; su técnica responde a la economía de un secreto orden y no a la ineptitud. Mediante su páso golpear sobre las palabras, en forma monacorde y reformista, Rulfo logra transmitir la desolación del paisaje, creando insólitamente un clima (que, en muchas ocasiones, supera al creado por la trama misma) en el que inscribe el silencioso dolor de sus criaturas.

tesis cuando se carece de tesis, de algo más que problemas y consignas? La demagogia si no da vida, mata, como en el caso del adjetivo, y esta novelística, imposibilidad de una existencia real, inhabilitada para un desenvolvimiento existencial, prodiga a lo largo de todas sus páginas, las señales típicas del país: macuayas, machetas, ahorcados, venetas, rebuzos, discursos, levantamientos, era si me lo quebro, por su macueta no me afuste, proceda encuel González, no quiero que su escuela desayure tarde por mi culpa. Prepárense, apunten...

Y el fuego se transforma en el bocio, en la repetición mecánica de fórmulas, en el ir y venir de las fogatas que despojan a este posible Cerán de su autenticidad al inundarlo de camellos. Todo este proceso culmina o se liquida con dos libros, ambos de Juan Rulfo: El llano en Hamas y Pedro Páramo. Aquí se agotan, al desgarrarse, las posibilidades de un género. Con la Narrativa rulfiana desaparece la novela rural, pierde sentido, justificación, y desaparece ese costumbrismo implacable, al aparecer descarnadas y lúcidas tanto la violencia como la crudeza. Como la tel pueblo-símbolo del país o de la condición humana o de la que a cualquier exégesis mejor le convenga) gobernada por el caudillo implacable, el rector vivo, es uno de los signos de madurez de nuestra literatura. Literatura social o de aparecidos, realista o mágica, de tierras ardientes o de pueblos fantasma; literatura que concilia las oposiciones y las integra, para demostrar la falsedad de toda clasificación aplicada a una gran obra, la de Juan Rulfo es una prueba magnífica, en el terreno de la novela, de nuestra vocación de modernidad. Y sin embargo, y esto no se señala como limitación, sino como característica, ni en Rulfo ni en el novelista más importante surgido a continuación, Carlos Fuentes, la Revolución deja de ser emblemática. Al parecer el proceso de personalización continúa distante. ¡Wéí!

Trasfondo, no hay belleza en su lenguaje, ni la plasticidad que resulta de lo arcaico. Porque no es esa su intención. Su propósito es desarticularlo, romperlo, darle el preciso caos y la estabara de los seres que van apareciendo en sus cuentos como una larga procesión, iluminados por una luz gris, de contornos dramáticos y pesimistas. Esta distorsión del lenguaje está animada espero de un vigor primitivo, propio del hombre impellido por lo habitual a callar, a callar fiero y obstinadamente, pero que en todo momento ama, vive, mata o muere con la misma naturalidad y desapego propios de la naturaleza. No hay ternura en los seres que describe Rulfo, como tampoco la hay en ese raro equilibrio que gobierna a los árboles arraizados a su sitio, ni en las plantas venozas y arrolladoras, ni en el estatismo de las montañas. Hay, en cambio, una vitalidad casi monstruosa, autónoma, un fuego tremante que no chisporrotea, sino que está simplemente, como un trasfondo aterrador.

Porque el marco en el que se mueven los personajes de Rulfo es inhóspito, agresivo, Rulfo narra — y lo hace con maestría — el drama del hombre de campo abandonado a las leyes cambiantes de la naturaleza, y a las injustas, absurdas y despiadadas leyes determinadas por los otros hombres. Hay auténtica desesperación, casi total, en los seres que como enajenados desfilan por sus cuentos: el horada era intemperie y refleja su total desamparo, sin acometer la búsqueda de soluciones fáciles o difíciles. Sus personajes se comunican y trascienden por su sola presencia. No hay sentimiento ni fin para sus vidas. Están allí desde siempre, avanzan como sombras calladas, casi sin pisar el suelo. Y cuando lo pisan, lo hacen sin dejar huella, como desaparece un matarral, un pájaro o una nube.

(De Revista "Sempre", México)

El llano en Hamas y Pedro Páramo son

6 - *GRAL (Mujer) n.º especial*
n.º 14 (1970)

Rulfo y la fuerza telúrica [artículo] Luisa Pasamanik.

Libros y documentos

AUTORÍA

Pasamanik, Luisa

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rulfo y la fuerza telúrica [artículo] Luisa Pasamanik.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile